

POR LOS CAMINOS DEL REINO
INTERIORIDAD

FICHA: EL ENCUENTRO CON EL AMOR

ANEXO II
SEXTO FRAGMENTO DEL DIARIO DE JUDIT

Betsaida, día 27 del mes de Elul

Y ya han pasado dos semanas...

Dos semanas que se me han hecho eternas.

Aquí estoy, de nuevo, en casa de mi padre, después de la intensidad desbordante del viaje con Jesús y su grupo. Estuvimos casi seis semanas recorriendo Galilea, encontrándonos con la gente, hablando del Reino, conociendo sus problemas y ayudando en lo que podíamos. Vi a Jesús hacer cosas sorprendentes, y me descubrí viviendo sentimientos y situaciones aún más sorprendentes en el grupo que formamos. Me descubrí sacando de mí lo que no sabía que tenía: más feliz, más comprensiva, más resistente, más compasiva, más abierta, más sensible e incluso más inteligente de lo que nunca pensé que fuera... A pesar de la impotencia y el dolor al compartir tantas situaciones de pobreza y de injusticia, a pesar de las dificultades que encontramos, de dormir al raso, de no saber seguro si tendríamos para comer al día siguiente... me sentí tocando el cielo con las manos. Habitando un trocito de cielo...

La vuelta a casa fue un mazazo. Le había prometido a mi padre volver cuando Jesús regresara a Cafarnaúm, y dar tiempo para reflexionar y hablar. En parte agradecí haber hecho esa promesa y tener la excusa para distanciarme un poco de esa experiencia que me embriagaba, pero también me asustaba. Llegué a casa y todo era, al mismo tiempo, absolutamente igual y absolutamente distinto que antes de irme. Nadie parecía haberse enterado de mi ausencia, no sé cómo la habrá explicado mi padre. Me integré a la rutina habitual de las tareas y encuentros, pero me sentía a punto de explotar, extranjera en mi propia casa. ¿Cómo puede todo el mundo vivir sin hablar del Reino de Dios, sin buscar a Jesús, sin percibir este mundo nuevo que yo he visto florecer a borbotones estos días? ¿Cómo conformarse con esta vida gris?

Los primeros días no podía contenerme e intentaba contar lo que había vivido a todo aquel que quisiera escucharme y que estuviera en el secreto, porque mi padre me había rogado que fuera prudente y no hiciera público mi viaje. MI madre me escuchó largamente, pero mis hermanos se burlaron cuanto quisieron de mí, cuando no se escandalizaron y tomaron como desafío personal reconducirme al buen camino. Mi padre me prohibió que le contara nada, tal vez queriendo evitar darme alas. Yo misma me siento desbordada por emociones contradictorias: tan pronto estoy exaltada como vacía y deprimida. Impotente para comunicar lo vivido e incluso impotente para continuarlo. La riqueza de la experiencia con Jesús se me ahoga, e incluso se me hace irreal, en el mundo rutinario y gris de cada día, ante la insensibilidad de mis hermanos, ante la indiferencia de todos...

Ahora ya no hablo de lo vivido en el viaje... Tal vez tenga razón mi padre y tal vez lo de Jesús es una fantasía, hermosa, seductora, pero fantasía. Un sueño que nos contagia bienintencionadamente, pero erróneo, imposible, engañoso. Sin Jesús a mi lado y sin el grupo apoyándome me siento vacía y me puede la duda, la melancolía, el desánimo... Ayer vino a visitarme mi prometido e intenté comportarme de modo que no avergonzara a mi padre. Él, como siempre, fue comedido y correcto; conversó con mi padre y luego me prestó atención un tiempo prudente, convenientemente acompañados: se interesó por mi salud, por mis labores y me habló de sus progresos en sus negocios y del avance de la casa que está construyendo para nosotros, insinuando sin demasiado entusiasmo la conveniencia de fijar la fecha para la boda y el momento adecuado para comenzar nuestra vida matrimonial y comenzar a darle hijos. Yo asentí dócilmente hecha un mar de contradicciones en mi interior: la llamada a la realidad y la necesidad de aceptar mi destino se impone, pero algo muy hondo se rebela cada vez con más fuerza en mí... En un momento estuve a punto de mirar a los ojos a mi prometido y contarle quién era yo: no la joven dócil que él supone, sino la mujer que voy siendo al lado de Jesús. Pero encontré la mirada vigilante de mi padre imponiéndome silencio y volví a bajar los ojos. Simplemente hablé de la conveniencia de continuar aprendiendo junto a mi madre a llevar la casa un tiempo más, a lo que mi prometido no puso demasiados obstáculos: "observarás, Judit, que no soy un hombre exigente, no obstante, comprendo tu deseo de aprender todo lo que puedas para convertirte en la esposa ejemplar que sin duda serás... De todas formas, sabes que admiro tu inteligencia y no dudo que el tiempo que puedes aún necesitar ya no es mucho; cuando podamos estimar el término de la

casa podremos fijar la fecha de la boda". Me aterroriza la perspectiva. Daría algo por poder hablarlo con Jesús, pero mi padre se merece que cumpla mi promesa de permanecer un tiempo en la casa como compensación al viaje.

Si el Reino de Dios está entre nosotros, si lo que viví con Jesús es cierto, ¿por qué no puedo verlo y vivirlo en esta vida cotidiana? ¿Por qué todo me parece que pierde sentido? Cada mañana me levanto procurando mantener el espíritu en alto, y a lo largo del día la realidad me va aplastando, y me voy sintiendo más impotente, más vacía, más triste, más sin sentido. Participo en la sinagoga y en las oraciones familiares, pero Dios está lejos... tan lejos como cerca estaba cuando Jesús hablaba de él...

Tal vez si me atreviera...

Dios, a ti te hablo, ¿dónde estás? ¿Qué quieres de mí?... Muéstrame tu rostro...

...

Me viene a la memoria algo que dijo Jesús. Había sido un día particularmente duro, y todos estábamos cansados y un poco tristes. En Naím nos habíamos encontrado una comitiva de un entierro: una viuda joven enterraba a su único hijo, casi un niño, muerto en esas condiciones de miseria que son en sí mismas una sentencia de muerte. Jesús se acercó a ella y la consoló, y sin que pudiéramos detenerlo, se acercó al cadáver, saltándose a la torera todas las prescripciones sobre la impureza, y tocó al niño... Yo no sé si no estaba realmente muerto o qué pasó, pero abrió los ojos, débil, pero contento, y su madre le abrazó y rompió a llorar de alegría...

Le dimos de comer al niño de lo que llevábamos y poco a poco le vimos recuperarse, y a la madre le dimos casi todo lo que nos quedaba para que pudieran sobrevivir los siguientes días... Cuando llegamos a la aldea nos dimos cuenta de que no era una situación aislada. La cosecha ha sido mala, muchos son jornaleros y no tienen apenas trabajo... Los niños están desnutridos y muchos enferman... Jesús sanó a muchos enfermos y les animamos a compartir lo que tenían y cuidarse unos a otros, pero cuando nos retiramos a nuestro campamento, con el estómago vacío,

todos sabíamos que, a pesar de nuestros esfuerzos, muchos morirán en la aldea ese invierno...

Nos sentamos en torno al fuego, compartiendo lo poco que nos quedaba para comer, y conversando indignados sobre la situación que vive esta gente... Cuando nos dimos cuenta, como tantas noches, Jesús se había retirado a un lugar apartado. Va a hablar con su Padre Dios, nos dice cuando le preguntamos. Jesús también se indigna, probablemente más que ninguno, con esas situaciones, pero después de esos momentos siempre lo vemos volver reconfortado, como en posesión de un secreto que le hace ver más allá. Cuando vi que se había ido, como otras veces, me levanté y me acerqué a él, me quedé como a tres metros de distancia, contemplándole, absorto en su oración. Juan, Pedro, Tomás y María, la de Magdala, fueron detrás de mí y se quedaron también allí, sentados, a la espera. Cuando terminó se acercó a nosotros con una sonrisa cansada, pero esperanzada, y se sentó. Yo me preguntaba qué había pasado en su oración que salía irradiando tanta fuerza...

- Maestro – me oí diciéndole – yo no sé hablar con Dios como tú. Enséñanos...

Me gusta llamarlo Maestro, he empezado a hacerlo en el viaje. Es en sí mismo una osadía y un desafío. Les había oído llamarle así a los discípulos varones, afirmando que Jesús es la autoridad en que confían aunque no sea maestro de la ley según nuestros hombres religiosos. Eso ya es un desafío. Pero yo, como mujer, tardé mucho en llamarlo así, porque cuando lo hago, no sólo estoy afirmando que Jesús es un verdadero Maestro, sino que yo soy su discípula, cuando, en Israel, las mujeres no pueden ser enseñadas... Y cuando Jesús se deja llamar así por mí y por nosotras, está aceptándonos como discípulas en igualdad con los varones... y eso me da una dignidad que mi prometido no puede ni imaginar... ni mi padre tampoco.

- ¡Sí, Maestro! – dijo Juan con entusiasmo – Enséñanos a orar. Juan también lo hizo con sus discípulos y todos los grupos tienen su oración. ¿Cuál es la nuestra? ¿Cómo debemos dirigirnos a Dios?

- ¿Cómo te dirigirías a tu padre o a tu madre, Juan? ¿y tú, Judit? ¿Cómo se dirige David a Sara? Con confianza, hablándole de lo que le preocupa, preguntándole, escuchándole... Aprendiendo de él o de ella... buscando

qué es lo que le agrada, sabiendo que quiere lo mejor para ti...
Disfrutando simplemente de su amor y su presencia... Confiando...

- Bueno – sonreí yo – si yo hablo así con mi padre y le hago caso no estaría aquí...

- ¡Y el mío es más bruto que yo – rió Pedro – así que igual si me acerco mucho me da un capirotazo en vez de un abrazo! Y la de veces que yo no he hecho caso a mis hijos...

Jesús también rió:

- Los padres y las madres son humanos y se equivocan, y, aún así, todos deseamos agradecerles y confiamos en ellos. Aunque tú a veces no haces caso a tus hijos porque estás a tus cosas, Pedro, y por bruto que seas, quieres para ellos lo mejor. Imagínate Dios, que es todo bondad, todo amor, todo sabiduría. Siempre nos escucha y siempre está pendiente de nosotros. Nada de lo que hacemos o vivimos le es indiferente. Pero no nos damos cuenta si no nos paramos a escucharle, si no confiamos en su presencia, si no nos atrevemos a dirigirnos a él. ¿Os acordáis de Job? Le salvó mantener la confianza en Dios, aunque fuera peleando con él...

Intervino Sara - que se había acercado al grupo al ver que Jesús se unía, junto con algunos otros -, con voz muy débil, como para sí:

- La verdad es que me cuesta creer que Dios tenga interés en mi vida... Cuando intento rezar, me vienen a la cabeza los sacerdotes y maestros de la ley recordándome que soy impura...

- Claro que se interesa por ti, Sara. – Jesús, como siempre, la escuchó y le sonrió animándola - Más que si llegaras creyéndote la más santa. A Dios no le preocupa la impureza. Dios ya sabe que somos humanos, débiles, que cometemos errores, que nos asustamos, que a veces nos herimos y herimos a los demás. Sabe que la vida es difícil, y sabe que no siempre apostamos por lo mejor que hay en nosotros. No hay nada que le alegre más que ver que somos capaces de reconocer nuestros errores y dejar que nos ayude, nos sane, nos limpie, nos renueve...

- Entonces, ¿cómo podemos orar, Jesús? Las oraciones que nos sabemos tratan a Dios como Señor Todopoderoso; ¿cómo podemos acercarnos a Él, siendo unos pobres diablos como somos...?

Jesús sonrió y nos miró intensamente, como queriendo comunicarnos lo que él sentía. Yo fijé mi atención y creo que recuerdo casi con exactitud sus palabras...

- Podéis rezar diciendo: “Padre Nuestro, que estás en el cielo, que tu nombre sea santificado, que tu Reino venga a nosotros, que se haga tu voluntad en la tierra así como se hace en el Cielo. Danos hoy el pan de hoy, perdona las veces que te hemos ofendido, igual que nosotros perdonamos a aquellos que nos ofenden. No dejes que caigamos en la tentación y líbranos de todo mal”.

Una oración de unos hijos e hijas que saben que su Padre les cuida y les dará lo que necesitan, que saben que necesitan de su cuidado cada día, que quieren parecerse a su Padre, que se saben hermanos y hermanas y se preocupan unos por otros, y quieren portarse con los demás como Dios se porta con ellos...

Añadió:

- Y, cuando recéis, cerrad la puerta (si hay puerta que cerrar), o retiraos, no se trata de que los demás os vean, sino de que os encontréis con vuestro Padre en lo secreto, en vuestro corazón...

Y a mí me vino el eco de su voz susurrándome al oído “porque el Reino de Dios está dentro de vosotros”...

Varias noches, durante el viaje, cuando veía a Jesús retirarse a orar, yo también repetía en mi interior la oración que él nos enseñó... Pero ahora, al volver a casa, lo olvidé...

Tal vez es hora de que procure encontrarme con Dios en mi interior.

Tal vez es hora de que me atreva a hablar con Dios.

Tal vez es hora de que dedique un poco de tiempo a Dios. Si no le doy una oportunidad, ¿cómo puedo extrañarme de sentirme tan vacía y sola?

Aquí estoy, Señor mío, Dios mío, Padre de Jesús y Padre mío... Te necesito. Acoge mis dudas, mis errores, mis temores, mis ilusiones... Padre nuestro...